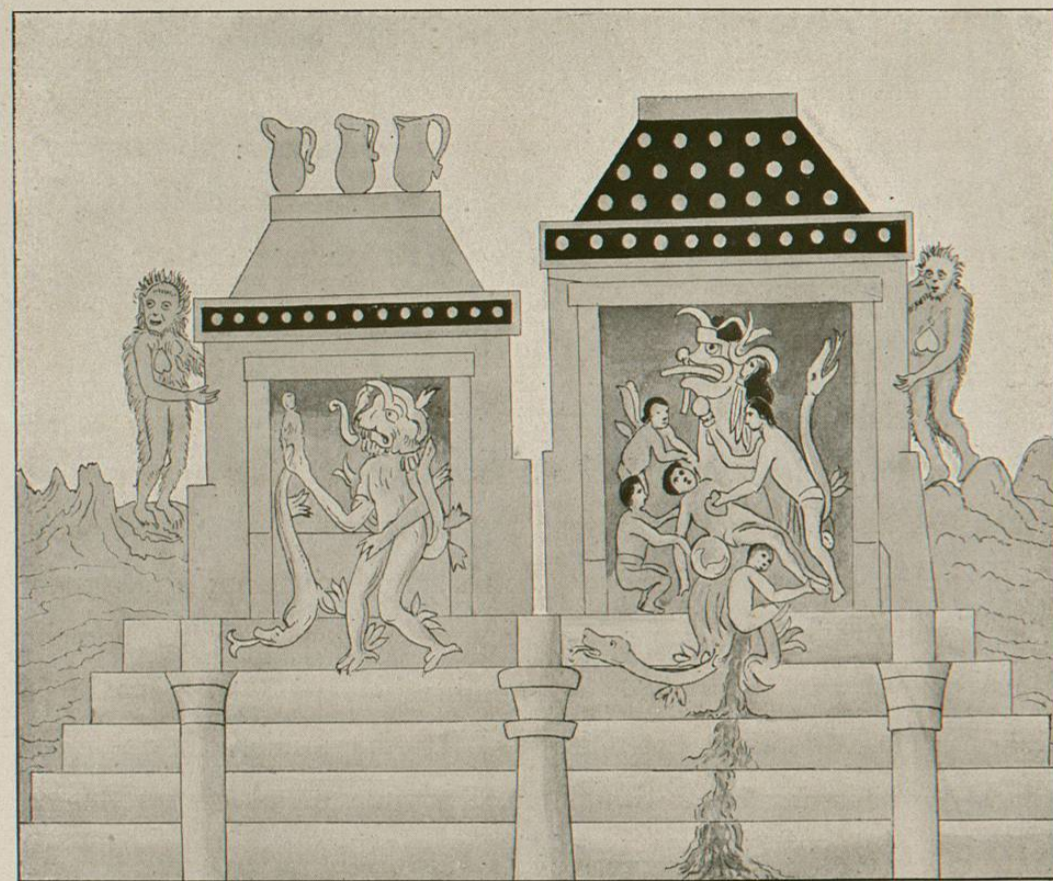


de negro, cubierto de mantas ricas y de pedrería, coronado de plumas de águila, y en la diestra levantada humeando el cuchillo de obsidiana de los trágicos ritos mexicanos. Su piedad le estimulaba sin cesar á levantar templos, á aplacar con sangre humana á los dioses irritados; á tenerlos ahitos y contentos, para que no descargaran su ira sobre el pueblo fiel. Los antiguos dioses toltecas se convirtieron en divinidades mexicanas, todas tuvieron templos, lo mismo el temido Quetzal-coatl, convertido en dios del viento y de las profecías, que el sanguinario Tetzcatlipoca, y mientras el melancólico rey de Teshcoco levantaba una altísima pirámide en honor de un dios sin nombre, los meshicas erigían un teocali á todos los dioses, ejemplo singular de sincretismo que sólo tiene analogía entre los romanos.

Los dioses habían hecho caer calamidades sin cuento sobre Tenochtitlán y el imperio



Teocali

estuvo, por las inundaciones y las sequías y los períodos de hambre que se sucedieron años y años, á punto de disolverse, como un montón de arcilla en las aguas del lago; á todo acudió el *tecuhtli* meshica con actividad pasmosa; ayudado del sabio señor de Teshcoco, comenzó la terrible lucha con el agua y el fango, indispensable para cumplir el mandato divino y convertir al islote

del tunal en una ciudad gigantesca que llegara á unir su suelo artificial con la tierra firme; esa lucha dura todavía; la empresa iniciada por los tenochca era como un abismo que sólo se ha podido colmar arrojando en él la fortuna y la salud de muchas generaciones. Pero Tenochtitlán renació de sus desastres, en torno de sus teocalis y á orillas de sus cuatro calzadas cardinales, centradas en el ara ensangrentada del dios de la tribu-reina y que partían el campo que debía ir conquistando la ciudad sobre el lago. Estos trabajos revelan una organización social poderosa: abajo un pueblo siervo, tan minuciosamente envuelto en la red infinita de las prácticas de devoción supersticiosa, que resultaba esclavo de los dioses; los dioses disponían del trabajo, del fruto del trabajo, de la hacienda y de la vida de aquellos grupos humanos (todos los pueblos del Anáhuac que se tornaban sedentarios adoptaban la misma organización): en donde se dice *dioses*, léase *sacerdocio*. Esta era la base del estado social; la propiedad comunal de la tierra, el matrimonio monogámico, sin prohibición ninguna de la poligamia extra-ritual, los deberes mutuos de asistencia y piedad de los padres y los hijos, las máximas morales excesivamente positivas y sensatas, lo

estuvo, por las inundaciones y las sequías y los períodos de hambre que se sucedieron años y años, á punto de disolverse, como un montón de arcilla en las aguas del lago; á todo acudió el *tecuhtli* meshica con actividad pasmosa; ayudado del sabio señor de Teshcoco, comenzó la terrible lucha con el agua y el fango, indispensable para cumplir el mandato divino y convertir al islote

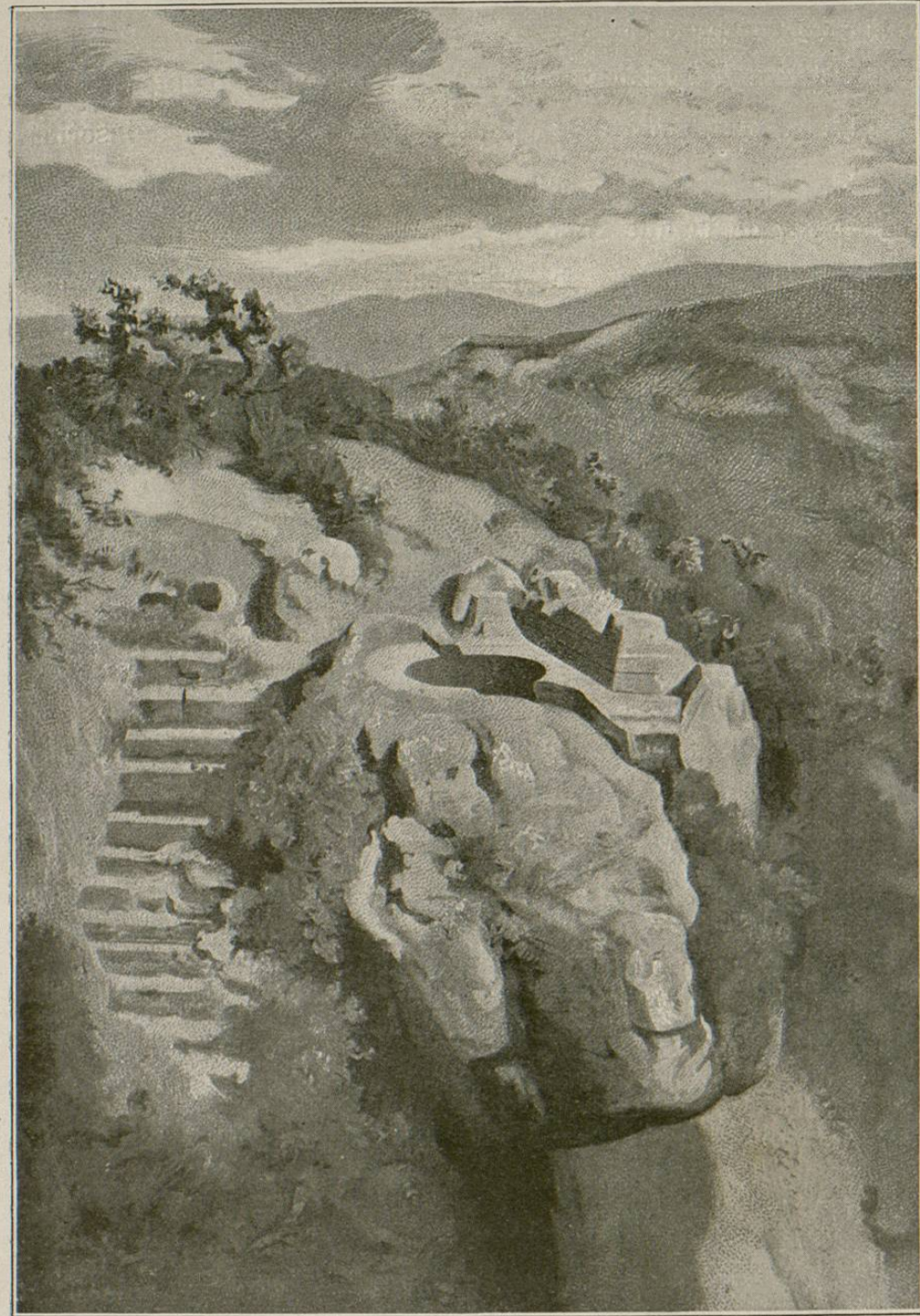
que indica un grado notabilísimo de sociabilidad, el respeto á los ancianos, la inflexible tutela respecto de las mujeres (que no excluía cierto respeto), los castigos terribles á la esposa infiel, todo estaba dominado por un profundo sentimiento de temor religioso; nada había más temible que aquellos dioses y diosas de espantable cara, jamás saciados de carne y sangre humanas, y que esperaban al viajero de la tierra á la eternidad, en el puente de la muerte, para atormentarle si no había obedecido, para dejarle ir hacia el Sol si había muerto cumpliendo los preceptos santos ó en el campo de batalla, ó en la piedra del sacrificio ordinario, ó en la lucha heroica del sacrificio gladiatorio.

El sacerdocio se educaba en colegios especiales; allí se renovaba incesantemente, para tener un personal en perenne actividad, cuidando de la puntualidad de las fiestas inscritas en el calendario religioso, velando por las que se celebraban en los *shacalis* (la choza primitiva del mexicano), usada todavía, y de la que en cada gran casa de tierra ó piedra se conservaba un ejemplar en el patio principal, que se enfloraba y adornaba en las fiestas, y de las que se celebraban en las casas de los próceres, y dirigiendo las que, con sacrificios cruentos, solían celebrarse en los teocalis y los atrios que los rodeaban.

La religión, la guerra, ésta dependiendo de aquélla, casi como su indeclinable consecuencia, eran los polos de la vida del imperio de Motecuhzoma el primero. En un colegio, especial también, se educaba el joven noble para la guerra; era una especie de *efebia* como la ateniense, de donde salía la flor de los guerreros para las batallas y algunas veces los príncipes de la real familia para el trono. Cuando el imperio se organizó sobre la base de la triple alianza, los pueblos comarcanos comprendieron que sería irresistible; para mantener su independencia convinieron en un pacto que es probablemente singular en la historia humana: de común acuerdo habrían guerras periódicas entre la triple alianza y los señoríos de Tlascalala, Hueshotzincó, Atlischo, etc. (constituidas en guisa de repúblicas oligárquicas), con objeto únicamente de proporcionarse cautivos para los sacrificios; y como los meshicas, á medida que crecían en poder y grandeza territorial, sentían pesar más gravemente sobre ellos la aterradora obligación de dar de comer al sol, como decían, los otros pueblos se sometían á la misma costumbre, que detuvo la marcha de aquellas civilizaciones hacia una altura superior en la ascensión iniciada por los toltecas; el águila del nopal de Tenoch no pudo volar, no pudo traspasar el ambiente saturado de sangre y de gemidos que condensó en derredor suyo el voraz Huitzilipochtli.

Sin eso, sin la angustia que por todas partes causaba el sonido del caracol de guerra del señor azteca ó el redoble de su atambor de oro, las cualidades nativas de aquella tribu activísima habrían crecido pausadamente; los mercaderes aztecas recorrían incesantemente todos los ámbitos del imperio y eran los precursores de las conquistas y de las colonias; educados sistemáticamente en sus casas para ser esclavos de los dioses, para poder andar sin descansar un día entero, para llevar siempre un cargamento sobre las espaldas (cosa indispensable en un país en que, por desgracia, no había bestias de carga), hechos á una sobriedad absoluta, los aztecas cruzaban las mesas superiores de la Altiplanicie en todas direcciones, proponiendo trueques y cambios, mostrándose en los *tianguis*, observándolo todo, para referirlo todo después en Tenochtitlán y en Teshcoco; y bajaron por los escalones de las gigantescas vertientes de los océanos y se corrieron por las costas y el Shicalanco, en las regiones fluviales donde yacían las ruinas gigantescas que miraron sorpren-

didios; y de Tabasco y Chiapas se orientaron hacia Yucatán, en donde habfan los mexicanos apoyado bravamente la tiranía de los cocomes hasta la destrucción de Mayapán, y por el Sur bajaron á Guatemala. Gracias á una política seguida sin cejar por todos los reyes meshicas, cada vez que un mercader encontraba obstáculos, puestos por los señores extranjeros, en el desempeño de su misión, reclamaban y apoyaban con las armas sus reclamaciones; así fué como, en pos del primer Motecuhzoma, penetraron las huestes imperiales



Baño de Netzahualcoyotl

en las playas del Golfo y en el valle de Oaxaca, y sus sucesores las llevaron triunfantes hasta Shocochco y Guatemala.

Después de una de estas expediciones, que eran, como las egipcias, verdaderas *razzias* para traer cautivos á Tenochtitlán y establecer tributos, el imperio parecía haber retirado sus límites; pero nunca tuvo tiempo de consolidarlos.

Contemporáneo de Motecuhzoma fué Netzahualcoyotl, que, quizás interpretando tradiciones para arrimarlas á su idea de hacer de los imperios de Anáhuac algo parecido á los pueblos bíblicos, aparece en los cronistas como un David: guerrero fundador de un reino, pecador que llora sus culpas, erótico que se rodea de mujeres hermosas hasta en su vejez, poeta sensual y melancólico, inquieto, fatigado, ansioso de verdad como un *dilettante* de nuestros días ó de la decadencia del imperio romano. Estos reyes de Teshcoco, Netzahualcoyotl-David y Netzahualpili-Salomón, se mezclaban á todos los episodios de la vida de Tenochtitlán como para evitarse desazones: salvaban la ciudad de las inundaciones, dirigían la construcción de los acueductos que traían el agua dulce á la gran capital, formaban parte del colegio de electores que á la muerte de cada rey designaba á su sucesor entre los príncipes de la familia real, eran el principal ornamento de las fiestas de la coronación, en que hacían, por necesidad, el papel odioso de sacrificadores, componían la arenga oficial al fla-

en las playas del Golfo y en el valle de Oaxaca, y sus sucesores las llevaron triunfantes hasta Shocochco y Guatemala.

Después de una de estas expediciones, que eran, como las egipcias, verdaderas *razzias* para traer cautivos á Tenochtitlán y establecer tributos, el imperio parecía haber retirado sus límites; pero nunca tuvo tiempo de consolidarlos.

Contemporáneo de Motecuhzoma fué Netzahualcoyotl, que, quizás interpretando tradiciones para arrimarlas á su idea de hacer de los imperios de Anáhuac algo parecido á los pueblos bíblicos, aparece en los cronistas como un David: guerrero fundador de un reino, pecador que llora sus culpas, erótico que se rodea de mujeres hermosas hasta en su

mante monarca, le acompañaban en las guerras floridas y en las otras, cuando eran llamados, y volviendo después á sus dominios se encerraban en el fondo de sus serrallos rodeados de espléndidos jardines, cuyas deliciosas reliquias existen todavía. En compañía de sus sabios y agoreros estudiaban el cielo, para conocer el destino, y las plantas, para encontrar el elixir maravilloso de la juventud; este afinamiento de las aptitudes de los príncipes teshcoanos para mejorar el legado de los toltecas, los habría puesto al frente de la evolución que la espantosa superstición de los aztecas hizo abortiva y frustránea.

De cuando en cuando se levantaba un nuevo templo; cada nuevo monarca necesitaba el suyo, como los faraones, y, entonces, el pueblo esclavo y los cautivos concurrían sin recibir salario alguno, en multitudes profundas, á la obra de los caudillos: sin más agente mecánico que la finísima y admirablemente articulada palanca que se llama el hombre, á él recurrían y dó él, á fuerza de multiplicarlo y hacerlo sufrir, obtenían esos colosales trabajos que admiraron á los españoles y que, en donde fueron hechos en piedra, han dejado grandes vestigios; no en la capital de Anáhuac, en donde el material principal era el barro, revestido ó no de piedra, pero casi siempre desmoronado y vuelto al suelo húmedo y fangoso de donde había salido.

Los sucesores de Ilhuicamina siguieron sus huellas, extremando á compás del aumento del poder imperial las empresas del cruel y heroico guerrero. Creció el territorio tributario; no que fueran los meshicas de victoria en victoria; alguna vez los enemigos perpetuos del imperio, como los tarascos, por ejemplo, les infligieron dolorosos escarmientos, mas ellos, ó persistían con indómita obstinación ó tomaban otros rumbos, pero la guerra seguía y seguía; era el estado normal del imperio; aun no había salido de ese período cuando fué deshecho. Creció la ciudad; las casas, los jardines, los acueductos, los adoratorios se multiplicaron; las inmensas habitaciones de adobes, revestidas de pinturas de crudos colores, ingenuamente combinados, que servían de moradas á los nobles y á los reyes, fueron cada vez más lujosas; reunieron en ellas artefactos de los países tributarios en mayor cantidad y resonaron más frecuentemente con el ruido del *teponaztle* y del *huehuell*, que sólo acompañando cantos voluptuosos ó tristes pudieron reputarse como instrumentos de música. Estos cantos constituían una ingenua y amorosa y melancólica poesía de que nos han llegado algunos ecos.

El culto á los dioses tomó enormes proporciones; dos ó tres coincidencias entre las hecatombes humanas de los templos y el fin de alguna calamidad, acrecentaron por tal modo el prestigio de las deidades antropófagas, que los sacrificios fueron matanzas de pueblos enteros de cautivos, que tiñeron de sangre á la ciudad y á sus pobladores (1); de todo ello se escapaba un vaho hediondo de sangre. Era preciso que este delirio religioso terminara; bendita la cruz ó la espada que marcasen el fin de los ritos sangrientos.

Los sacerdotes, guardadores de las tradiciones astrológicas de los toltecas, hicieron esculpir ídolos simbólicos y piedras cronográficas, entre las que descuella el admirable disco esculpido, acertadamente llamado por Chavero «Piedra del Sol,» que, entre la máscara central, representativa del astro, y la estrella doble, y una Quetzal-coatl esculpida en la orla,

(1) Orozco hace subir á 20.000 el número de víctimas sacrificadas en un día bajo los auspicios de Ahuizotl.  
TOMO I.—16.